

VIOLENCIA Y AGRESIÓN COMO MODO DE RELACIONARSE EN INTERNET: EL ADOLESCENTE FRENTE AL OTRO VIRTUAL

Germán Martín Dartsch

Universidad del Aconcagua / Universidad Nacional de Cuyo / CONICET (Argentina) y **Ligia Elizabeth Capdevila** Universidad del Aconcagua / Universidad Nacional de Cuyo (Argentina)

Resumen

Iniciamos este trabajo con la afirmación de que los adolescentes, en su interacción con los otros a través de internet, tienden al trato agresivo con una frecuencia e intensidad excesivas. Nuestra hipótesis es que esto se debe a dos causas principales. En primer lugar, el vaciamiento del lugar de autoridad del adulto que, a través de la demarcación de los límites, posibilita o imposibilita ciertas formas de relacionarse con el otro. En segundo lugar, la capacidad de anular al otro (de apagarlo, de desconectarse de él) y la falta de compromiso con los otros que de esto se deriva. La sociedad, en su afán de paliar e incluso eliminar el malestar intrínseco a las renuncias, llega muchas veces a soluciones que lejos de ser soluciones complican aún más la convivencia, dificultan un establecimiento satisfactorio del lazo social y hacen estragos en el psiquismo de los sujetos, dando lugar a situaciones patológicas y problemáticas. Es en el sujeto que atraviesa lo más problemático de su formación donde con más nitidez se ven estas consecuencias, es decir, en los adolescentes. La ilusión de igualdad entre generaciones y la ilusión de relacionarse con el otro sin compromisos no son más que ilusiones, imposibles de realización.

Palabras clave: internet, adolescentes, agresión, Freud, Lacan.

Introducción: aproximaciones desde el psicoanálisis a la violencia en internet

Iniciamos este trabajo con la afirmación de que los adolescentes, en su interacción con los otros a través de internet, tienden al trato agresivo con una frecuencia e intensidad excesivas. Basta con ingresar a un foro de discusión o a una página o grupo de Facebook para corroborar el grado de violencia verbal que prolifera en las conversaciones entre los jóvenes. Nuestra hipótesis es que esto se debe a dos causas principales. En primer lugar, el vaciamiento del lugar de autoridad del adulto que, a través de la demarcación de los límites, posibilita o imposibilita ciertas formas de relacionarse con el otro. En segundo lugar, la capacidad de anular al otro (de apagarlo, de desconectarse de él) y la falta de compromiso que de esto se deriva.

Ahora bien, una aclaración que el lector deberá tener en cuenta a lo largo de todo el trabajo es que elegimos a los adolescentes como muestra de este trabajo por facilidades metodológicas y de bibliografía disponible; no obstante, muchos de estos comportamientos son también vistos en adultos (basta con ver la sección de comentarios de cualquier diario digital). Abordar esta problemática en adultos requeriría buscar otras

hipótesis y un estudio aparte que haremos eventualmente. Esta advertencia vale para evitar que se piense que buscamos demonizar a los adolescentes: no podemos generalizar al respecto más que postulando una tendencia que observamos y dar posibles explicaciones. Con respecto a los adultos, ellos no están exentos de las tendencias que vemos en este trabajo, pero seguramente las causas sean otras.

Como punto de partida en la demostración de nuestras hipótesis, afirmaremos que la incidencia de la tecnología sobre el lazo social tiene el efecto de posibilitar estas dos causas que formulamos más arriba. La noción de lazo social que aquí utilizamos se la debemos a Jacques Lacan. Lacan introdujo este término en psicoanálisis al postular que los lazos libidinales, según Freud (2010 [1921]), producto de la necesidad de los hombres de vincularse con sus semejantes, se asientan sobre bases discursivas. En palabras de Lacan (2012), "esta especie de estructura que designo con el término discurso, es decir, aquello por lo cual, por el puro y simple efecto de lenguaje, se precipita el lazo social [...] el modo por el que un discurso se ordena de modo tal que precipite un lazo social comporta inversamente que todo lo que se articula ahí se ordena por sus efectos". El sujeto se constituye en relación con el lazo social, el cual a su vez funciona a través del entramado institucional. El lenguaje, institución paradigmática, otorga las directrices de toda institución en la sociedad.

El entramado institucional permite, a través de la instauración de la ley, que el niño se reconozca como un otro entre otros. La ley es posibilitadora para el sujeto: ordena lo que puede uno y pueden los otros, inscribe un lugar para el sujeto, posibilita montajes normativos y de esta manera establece el lazo social. La ley posibilita la diferencia generacional y ordena tanto a nivel familiar como psíquico. La diferencia generacional establece un lugar de autoridad dentro del que cada uno ocupa. Así, se establece el lugar de padres en la familia, profesores en la escuela, etcétera, lo que a su vez instituye al sujeto en hijo, alumno, etcétera. Es responsabilidad de la autoridad el sostener la ley.

Lo que venimos desarrollando nos mete de lleno en la primera causa de nuestro problema: el vaciamiento del lugar de autoridad del adulto. En consonancia, podemos asegurar que el discurso del que habla Lacan, el discurso de la sociedad, que es el que sustenta el orden y la estructura institucional y legal, está en constante cambio. Ahora bien, en las últimas décadas podemos arriesgar que los cambios en el discurso de la sociedad han debilitado la legitimidad de la posición de autoridad. Así, los adultos reniegan de ocupar ese lugar, no lo soportan, se niegan a asumir la responsabilidad del mundo al que han traído a sus hijos. Muestra de esto es la preferencia, cada vez más en auge, de algunos adultos a ser llamados por sus familiares por el nombre de pila antes que por los apelativos "mamá", "papá", "abuelo", etcétera. Así, se vacía la función de autoridad y se disfraza de una ilusión de igualdad. Esto tiene como resultado la pérdida de sentido del discurso de la autoridad. Así, los adultos son impotentes frente a los adolescentes e incapaces de ayudarlos a evaluar propuestas.

La maternidad y la paternidad se presentan de esta forma como lugares desprovistos de sentido y desvalorizados. Los adolescentes quedan a la deriva y los límites se desdibujan. Al no haber medida que

regule al sujeto, se establece la ilusión de que todo se puede. Sin embargo, la ausencia de límites causa estragos en el psiquismo. El adolescente, al no tener un lugar claro con respecto al otro, busca desesperadamente algo de qué asirse. Las aficiones y pasatiempos se transforman en lugares de pertenencia (sectas, tribus urbanas, etc.) que deben ser protegidos a todo costo. Así, se producen excesos en los medios desplegados para proteger el propio lugar de los otros.

Esta situación se ve agravada por la incidencia de las tecnologías digitales en la conformación de una generación de los que han dado en llamarse "nativos digitales". La adopción de este nombre para los actuales adolescentes y niños rompe con el principio de filiación que posibilita el ordenamiento de lugares de autoridad entre adultos y adolescentes, pues lo que define al sujeto como perteneciente a una generación determinada no es la diferencia generacional con respecto a sus mayores, sino lo tecnológico. Esto es dramático pues, como dice Franco Berardi (2007) sobre la diferencia generacional inducida por la tecnología, entre una generación y otra se ha erigido una barrera de capacidades conectivas y cognitivas que posibilita la informática. Esto tiene como resultado que los adultos de hoy no saben qué hacer con los adolescentes, pues desconocen los códigos y carecen de las capacidades para comprender el ámbito en el que los últimos se mueven. Se permite así el exceso, pues los adultos creen que los adolescentes pueden llegar más allá.

Sin la autoridad que sostenga una regulación de los sujetos en el lazo social ocurre que, lo diremos en palabras de Freud, el narcisismo de las pequeñas diferencias, en el cual la inscripción de la diferencia constituye la posibilidad del lugar de autoridad, degenera en la miseria psicológica de la masa (2010 [1921]). En la miseria psicológica de la masa se busca el sometimiento. La diferencia insta una desigualdad y esto sirve para justificar la agresión y segregación (2010 [1921]). En las sectas o tribus urbanas, el lugar que el sujeto ocupa no se define a través del reconocimiento de la diferencia con el otro, sino con el sometimiento del otro diferente. Esto explica en parte la propensión a la agresividad y a la violencia de los adolescentes que se encuentran en la situación descripta.

No obstante, la gran proliferación de insultos y agresiones en internet es llamativa, puesto que ya ni siquiera se hace necesaria una provocación previa que incite al ataque. Aseguramos que esta causa es la capacidad de anular al otro que las tecnologías digitales ofrecen. En la interacción a través de internet no hay compromiso con el otro. Así el concepto de lazo social se desdibuja y deforma en internet, en la medida en que el sujeto no juega algo de sí mismo con el otro. Si el otro dice algo desagradable para alguien, en la interacción cara a cara nos vemos obligados a conciliar las diferencias o disentir, lo que en cualquier caso supone un compromiso subjetivo. En internet, la posibilidad de desconectar al otro, de romper el vínculo a voluntad, trae como resultado que el lugar del otro sea un lugar vacío. El otro, en tanto que otro semejante, no existe. El modo de existencia de la interacción a través de esos medios digitales permite anular la empatía. Esto, sumado a lo anterior, tiene como resultado que internet sea un lugar propicio para depositar la inclinación fundamental del ser humano hacia la agresión y la hostilidad (Freud, 2010 [1921]). Esto es

dramático si se acepta la pauta de que la actual generación es la de “nativos digitales”: definidos por un dispositivo tecnológico que permite tales inclinaciones más que por el lugar que ocupan en el entramado institucional, podrían hacer extensivo este modo de comportarse en red fuera de ella. Más esto es solo una hipótesis en la que no nos adentraremos, pues supone una investigación profunda.

La agresión entre pares en las redes sociales

Para decir que los adolescentes tienen una marcada inclinación a la agresión y a la violencia cuando se relacionan con sus pares, es necesario partir de la premisa de que la hostilidad es constitutiva del sujeto. Entendemos que la humillación y el hostigamiento se valen de la *indefensión* constitutiva del ser humano, es decir la necesidad primera de otro para sobrevivir (desvalimiento biológico-psíquico durante la niñez). El hostigador necesita del otro –víctima– para ubicarse, para encontrar su identificación. El prójimo es una tentación para usarlo, humillarlo, asesinarlo.

Podemos notar en los intercambios que realizan los adolescentes en las redes sociales el uso de la agresión y la violencia como un código subyacente al discurso social. Los adolescentes utilizan la agresión para comunicarse con otros. Utilizan los insultos para interpelar al otro, se establece un diálogo de ofensas, agravios, comentarios humillantes y “cargadas” a expensas del otro. La necesidad de agredir al otro forma parte de una estructura social en la que los adolescentes están insertos. El comunicarse a través de la agresión es una regla de juego que ellos mismos han instaurado en su estructura social y quien ose romperla, será segregado. Se busca la aprobación de los pares porque si no se es victimario se es víctima, blanco de los insultos.

Así, es posible notar un fenómeno que menciona Freud en *Psicología de las masas y análisis del yo* (2010 [1921]); la idea de un accionar colectivo que les permite a los individuos actuar de maneras diferentes a como lo harían en soledad; buscando la aceptación y reconocimiento de sus pares como modo de identificación. Dice Freud:

En obediencia a la nueva autoridad es lícito rescindir la anterior “conciencia moral” y entregarse a los halagos de la ganancia de placer que uno de seguro alcanzará cancelando sus inhibiciones. En definitiva, no es tan asombroso, pues, que los individuos de la masa hagan o aprueben cosas a las que habrían dado la espalda en su vida ordinaria (81).

Más adelante dirá:

Hemos partido del hecho básico de que en una masa el individuo experimenta, por influencia de ella, una alteración a menudo profunda de su actividad anímica. Su

afectividad se acrecienta extraordinariamente, su rendimiento intelectual sufre una notable merma. Es evidente que ambos procesos apuntan a una nivelación con los otros individuos de la masa, resultado este que solo puede alcanzarse por la cancelación de las inhibiciones pulsionales propias de cada individuo y por renuncia a las inclinaciones que él se ha plasmado (84).

En el espacio de las redes sociales se ensancha este vaciamiento del lugar de autoridad que mencionábamos más arriba. Las redes sociales son un espacio desprovisto de los adultos, los adolescentes, entonces, se sienten liberados de responder a una autoridad y una ley que los constituye. Padres y maestros quedan completamente fuera de este lugar de intercambio, lo que maximiza la ilusión de que no hay autoridad. El “gran otro” se difumina en la subjetividad de los adolescentes porque se pierde en el paisaje de “todo es posible, no hay reglas, no hay quién diga que lo que hago está mal”.

“La convivencia con la ley nunca es pacífica, pero es ineludible; aun burlándola o repudiándola es necesario discurrir por ella, exiliarse de la ley no solo deja fuera del lazo social, sino también fuera de la casa interior donde refugiarse; sin ley el sujeto acaba desubjetivado” (Gerez Ambertín, 2004:18). La ley instituye la vida misma, la instituye en tanto vida humana, atravesada por lenguaje e inconsciente.

En las relaciones sociales por internet, la tecnología sirve de soporte del lazo social. Allí existe la ilusión de que todo es posible, aún la comunicación sin malentendidos. Para Freud (2010 [1921]), el lazo social es una fuente de sufrimiento y malestar que es padecido por el sujeto de manera dolorosa. La tecnología entra en esta lógica, por la ilusión de estar con todos en todo momento. Apaña el malestar del lazo social, la prohibición (incesto y parricidio), donde existe una dimensión espacio-temporal; pero las tecnologías borran esos límites, donde todo es sencillo: “puedo desconectarme”.

En todas las relaciones sociales, en el yo a yo, hay un espejismo de entendimiento en el que el hablante da por supuesto que su oyente lo ha comprendido, pero siempre quedan resabios de incomprendiones. El malentendido (inevitable) es estructural al lenguaje; ningún elemento tiene una significación fija; el diálogo se construye desde el desconocimiento. Sin embargo, las tecnologías promueven el engaño de estar transmitiendo sin equívocos los sentimientos, que hay un control en el mensaje y que se es comprendido enteramente.

Con la desmaterialización del cuerpo –el propio cuerpo y el del otro–, los medios crean un espacio en el cual la falta de contacto humano socava el sentido de las diferencias significativas entre los sujetos. En los medios electrónicos el proceso queda encubierto, e incluso negado, por la permanente presencia del otro en las imágenes y las voces de la representación y la interacción mediatizada.

Esa conexión y desconexión tienen, por supuesto, consecuencias sobre la dinámica de la vida diaria, incluso sobre la manera en que los individuos se relacionan entre sí todos los días. Tal como está mediatizada hoy en día la experiencia y los otros diversamente mediatizados –familia, vecinos, amigos– se

fundan en la premisa de comunicaciones que posibilitan conectarse y desconectarse del otro, permanentemente, sin poner en juego ninguna carga afectiva. Es difícil percibir al otro cuando lo que se tiene enfrente es una pantalla. El otro se hace virtual, por lo tanto es posible anularlo por completo, “apagarlo”. Así el sujeto se relaciona con las proyecciones de una persona, la imagen que proyectan de sí mismos los individuos en el espacio virtual. La conexión tecnológica no significa necesariamente la conexión social, pero esto está velado por un manto de ilusión de permanente contacto.

El sociólogo estudioso de los medios de comunicación Roger Silverstone (2010) aporta lo siguiente a nuestro razonamiento:

La sociedad en red ha generado contradicciones propias que comprometen el núcleo mismo de la experiencia contemporánea de la vida cotidiana. La primera, la conectividad inconexa y la angustia que genera la falta de conexión; angustia que proviene de la dependencia tecnológica y del horror de hallarse solo en un mundo en el que la identidad depende de no estar solo. La segunda es la contradicción entre la conectividad involuntaria que ofrecen los medios de radioteledifusión y la capacidad de rehusar, negar o repudiar voluntariamente la presencia del otro que se nos presenta de esa manera. Giran alrededor de un mismo eje: la posibilidad de desconectarse para no ver o de que otros se desconecten para no vernos, de esta forma las interacciones virtuales suelen considerarse más importantes –más reales– que la interacción real (180).

La relación con el otro implica compromiso, comprensión, vínculo, conocimiento, aspectos que en la comunicación cara-dispositivo electrónico-cara quedan reducidos y velados.

Cada individuo es miembro de muchas masas; tiene múltiples ligazones de identificación y ha edificado su ideal del yo según los más diversos. Cada individuo participa, así, del alma de muchas masas: su raza, su estamento, su comunidad de credo, su comunidad estatal, etc., y aun puede elevarse por encima de ello hasta lograr una partícula de autonomía y de originalidad (Freud, 2010 [1921], 122).

La despersonalización y unidireccionalidad en la comunicación de los medios genera estereotipos, simplificaciones de los “personajes” que proyecta y agrupa a los individuos según rasgos estereotipados. Simplifica la complejidad del ser humano hasta una máxima expresión y así los sujetos quedan reducidos a rasgos unidimensionales.

Casos y análisis

En las redes sociales el otro se vuelve virtual, por lo que los hostigadores se desprenden de la carga emocional que conlleva herir a otro ser humano. Demasiados son los ejemplos en los que podemos ver la agresión y el hostigamiento de los jóvenes hacia sus pares. Desde un comentario malintencionado hasta la creación de una cuenta anónima para burlarse de la muerte de una chica, como fue el caso de Ángeles Rawson, en el que una comunidad entera se unió para agraviar a un individuo.

Los adolescentes parecen sentirse libres de agredir a otros porque en este espacio no hay compromiso real con lo que se dice o hace; nadie se siente verdaderamente responsable por actos que pueden ser borrados o apagados con un clic; sin embargo, del otro lado de la pantalla hay un sujeto sometido que sufre hostigamiento y angustia al punto de llegar al suicidio. Y donde se juega con reglas distintas –las propias–, sin autoridad.

En este trabajo optamos por tomar algunos de los casos más relevantes de acoso virtual o *cyberbullying*, porque ello da cuenta de la intensidad con que se comenten estos agravios en el ámbito cotidiano de las redes sociales, hasta llegar a una naturalización tal que los mismos individuos que lo cometen o lo sufren creen que es algo normal, y quienes lo ejercen se excusan detrás de la idea de que es un juego o un chiste o que la víctima no se sentía realmente amenazada.

Tal es el caso de Amanda Todd, una chica canadiense de 15 años que se quitó la vida a causa de sufrir hostigamiento por parte de sus compañeros, luego de que un desconocido diera a conocer que había sido víctima de acoso sexual a los 12 años. Los adolescentes crearon un perfil de ella para insultarla y agredirla; fue golpeada por chicos en la escuela. Luego de la golpiza intentó suicidarse con blanqueador; al otro día le mandaron mensajes con publicidades de productos de limpieza y riéndose de ella por lo que había hecho. Un mes después de contar su historia en un video subido a YouTube, se suicidó. Amanda sufría ataques de pánico y depresión.

Otro caso como este es el de Rehtaeh Parsons una joven, también canadiense, de 17 años que se suicidó tras ser violada y acosada posteriormente a través de internet por un grupo de jóvenes. La familia de Parsons denunció que la joven fue violada cuando tenía 15 años por un grupo de 4 jóvenes. Pocos días después del ataque, alguien empezó a distribuir por internet una foto de la violación entre sus compañeros de colegio. Sufrió un constante acoso cibernético, desde proposiciones de relaciones sexuales con desconocidos hasta insultos, lo que la obligó a cambiar de colegio y la sumió en una profunda depresión.

Aun cuando los acosos han dado como resultado la muerte de una persona, los agresores, escudados en el anonimato de las redes sociales y desanclados de carga emocional, siguen agrediendo a la víctima. Este es el caso de Natasha MacBryde de 15 años: se suicidó tras el hostigamiento en las redes sociales donde la trataban de prostituta; y a pesar de su trágica muerte, los familiares siguieron recibiendo mensajes de burla.

Conclusiones: el sujeto a la deriva en el ciberespacio

El sujeto sometido se encuentra frente a un desequilibrio de poder o de fuerza, por lo tanto es incapaz de defenderse y es expuesto a acciones intimidatorias repetitivas por parte de uno o más sujetos que ejercen ese poder y se sostienen en esa incapacidad de defensa para identificarse dentro de esta relación de poder. Ambos sujetos, agresor y víctima, se hallan en el lugar de objeto. El vaciamiento del lugar de autoridad que ejerza la función reguladora en las interacciones que por internet se dan deja el camino libre a los excesos y a la violencia. Marta Gerez Ambertín (2011: 219) asegura que “la compulsión de sometimiento de la masa está vinculada con la añoranza del padre”. La falta de límites pone de manifiesto la debilidad del sujeto y su necesidad de una ley reguladora. Al no encontrar esta ley, se ve librado a la compulsión antes mencionada y hasta en las situaciones más sutiles, sin provocación mediante, encuentra la ocasión de someter a los otros a través de la agresión. Ilustrativo de esto es una viñeta de humor gráfico que circula últimamente por Facebook. La tira es una parodia del conocido grupo de superhéroes de DC Comics “Justice League”, con la diferencia de que estos se llaman “Social Justice League”, y el sintagma “social justice” es una referencia a social media, nombre que llevan las redes sociales en inglés. En la viñeta, los personajes intentan coordinar su acudida a la escena del crimen, mas cada cosa que dicen es malinterpretada por los otros como una agresión y desata una discusión. En las conversaciones por redes sociales ocurre de esta manera, cada cosa dicha puede ser, gratuitamente, el disparador de interminables discusiones en las que los posibles argumentos de los participantes se ahogan en violentas sentencias que, muchas veces, tienen como tema aspectos de la vida sexual de los contendientes. Poco importa que se trate de gente que no se conoce entre sí y que poco y nada sabe de la vida sexual del otro: lo importante aquí es atacar.

Con todo lo expuesto podemos asegurar sin mucho lugar a dudas que la falta del lugar de autoridad es causa de la agresión. Además, esta agresión crece en la tierra fértil de las posibilidades tecnológicas de apagar o ignorar al otro, cercenando los sentimientos de empatía, el compromiso genuino con el otro, la implicación del propio sujeto en su accionar y desdibujando el lazo social al punto de anularlo por completo. De esta forma, por la interrelación de estas dos causas que hemos intentado comprobar en este trabajo, las redes sociales son el lugar por excelencia para descargar agresiones y violencia. Violencia que, por otra parte, no es causada por la tecnología, sino que es anterior y es propiciada por esta en la forma en que lo hemos descripto.

A modo de conclusión diremos que es la sociedad, en su afán de paliar e incluso eliminar el malestar intrínseco a las renuncias que debe hacer el sujeto para ser parte de la cultura postulado por Freud, llega muchas veces a soluciones que, lejos de ser soluciones, complican aún más la convivencia, dificultan un establecimiento satisfactorio del lazo social y hacen estragos en el psiquismo de los sujetos, dando lugar a situaciones patológicas y problemáticas. Es en el sujeto que atraviesa lo más problemático de su formación donde con más nitidez se ven estas consecuencias, es decir, en los adolescentes. La ilusión de igualdad entre generaciones y la ilusión de relacionarse con el otro sin compromisos no son más que ilusiones,

imposibles de realización. El tomarlas como posibles, no obstante, es causa de efectos nocivos para la convivencia en la sociedad. El famoso teorema introducido en la ciencia social por el sociólogo W. I. Thomas (1928) asegura que, independientemente de su realidad, una situación percibida como real se hace real en sus resultados. Por lo que, mientras los adultos no tomen el lugar que ocupan dentro del discurso social y no se responsabilicen del lugar de autoridad que les corresponde, los problemas que hemos descrito seguirán siendo preocupación cotidiana en nuestra actualidad.

Bibliografía

- Berardi, F. (2007), *Generación Post-Alfa. Patologías e imaginarios en el semiocapitalismo*, Buenos Aires, Tinta Limón ediciones.
- Freud, S. (2010 [1921]), *Obras completas. Tomo XVIII*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Gerez Ambertín, M. (2012), *Entre deudas y culpas: sacrificios*, Buenos Aires, Letra Viva.
- Gerez Ambertín, M. (2004), *Culpa, responsabilidad y castigo en el discurso jurídico y psicoanalítico. Vol. II*, Buenos Aires, Letra Viva.
- Karlen Zbrun, H. (comp.) (2013), *Violencia y consumo en adolescentes. El sujeto en perspectiva*. Buenos Aires, Letra viva.
- Lacan, J. (2012), *Seminario 19... o peor*, Buenos Aires, Paidós.
- Silverstone, R. (2010), *La moral de los medios de comunicación. Sobre el nacimiento de la polis de los medios*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Thomas, W.I. (1928), *The child in America: Behavior problems and programs*, Oxford, Knopf.

Artículo recibido el 26/10/14 - Evaluado entre el 27/10/14 y 30/11/14 - Publicado el 21/12/14